

Catequesis #3

La Reconciliación: encuentro y promesa

«Nos amó», dice san Pablo refiriéndose a Cristo (Rm 8,37), para ayudarnos a descubrir que de ese amor nada «podrá separarnos» (Rm 8,39). Pablo lo afirmaba con certeza porque Cristo mismo lo había asegurado a sus discípulos: «los he amado» (Jn 15,9.12). También nos dijo: «los llamo amigos» (Jn 15,15). Su corazón abierto nos precede y nos espera sin condiciones, sin exigir un requisito previo para poder amarnos y proponernos su amistad: «nos amó primero» (1 Jn 4,10). (Papa Francisco, Carta Encíclica Dilexit Nos, 1.)

La experiencia del Jubileo ha estado intrínsecamente vinculada, desde sus orígenes bíblicos, a la experiencia de volver a Dios. Esto es la reconciliación, regresar al abrazo del Padre. Dejarse renovar por Aquel amor que nos ha creado y nos sostiene. La manera concreta en que nos acercamos al perdón es el sacramento de la Confesión, y de manera particular en el Jubileo, la gracia de la Indulgencia. Sobre ella, nos dice el papa Francisco en la Bula de convocación del Jubileo: *La indulgencia, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites. Que podamos vivir en profundidad el tesoro de la gracia que esto es, y no nos quedemos en la superficie. Que sea un auténtico abrazo del Padre.*

[Hay] un lugar dentro de mí donde Dios ha elegido hospedarse. Es un lugar donde me siento a salvo en el abrazo de un Dios todo amor que me llama por mi nombre y me dice: «Tú eres mi hijo amado, en quien me complazco». Es el lugar donde saboreo la alegría y la paz que no existen en este mundo. Este lugar siempre ha estado allí. Yo siempre supe que era la fuente de gracia. Sin embargo, no había sido capaz de entrar y vivir allí de verdad. Jesús dice: «El que me ama se mantendrá fiel a mis palabras. Mi Padre lo amará, y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él». (Jn 14,23). Estas palabras siempre me han impresionado muy profundamente. ¡Soy la casa de Dios! (Henry Nowen, El hijo pródigo)

Por el ministerio de la Iglesia llega a nosotros, de manera sacramental, este don del perdón de Dios. Cristo mismo le confió la potestad de perdonar, en su nombre, todo pecado. Y en este perdón, que la Iglesia ofrece en nombre de Dios, es posible la reconciliación con Él, con la Iglesia misma -los hermanos en la fe- y con uno, con lo que el pecado ha dañado en nosotros. Es un triple abrazo que nace del Padre, y se comunica por medio de la Iglesia.

La Iglesia «ha recibido las llaves del Reino de los cielos, a fin de que se realice en ella la remisión de los pecados por la sangre de Cristo y la acción del Espíritu Santo. En esta Iglesia es donde revive el alma, que estaba muerta por los pecados, a fin de vivir con Cristo, cuya gracia nos ha salvado» (San Agustín, Sermo 214, 11).

Ella, Madre y Maestra, nos recuerda que la gracia de la Indulgencia nos implica. Más que “condiciones”, porque la misericordia del Padre no conoce condicionamientos, son un recuerdo. El abrazo del perdón solo es posible cuando nos disponemos a él. Por ello la peregrinación, como camino que va de vuelta al Padre. Por ello la Eucaristía, la comunión de los santos que nos sostiene, y la oración por el papa, vínculo de la unidad. Por eso también el sacramento de la penitencia, el abrazo más real.

El primer paso, el hacernos conscientes de nuestra propia miseria:

Después de esta intro, se puede dar tiempo a que cada joven haga examen de conciencia ayudándose de estas u otras preguntas.

Restaurar el abrazo con el Padre

- ¿Cómo vivo la relación con el Padre: mis ritmos de oración, mi conciencia de la necesidad de volver siempre a Él? ¿Cómo vivo la relación con Jesús: mi participación en la Eucaristía, mi pertenencia comunitaria? ¿Cómo vivo la relación con el Espíritu: mi cuidado por los pobres, mi impulso en la misión?
- ¿Qué lugar ocupa el Dios uno y Trino en mi vida?, ¿qué cosas, situaciones, personas... pueden en ocasiones ocupar su sitio? ¿Me preocupo de que la intimidad, el conocimiento, y la comunión con Él crezca?

Restaurar el abrazo con los que caminan junto a mí

- ¿Mi relación con Dios me lleva a reconocerle, descubrirle y servirle en los otros? ¿Cuando me relaciono con los otros, me acerco siempre consciente de la huella de Dios en ellos?
- ¿Vivo las exigencias de la ley para con los otros: honrar padre y madre, no robar, no mentir, no codiciar? ¿Vivo las exigencias del Evangelio para con los otros: no calumniar, no juzgar, perdonar?
- ¿Cómo vivo el programa de vida de las bienaventuranzas: pobreza interior, mansedumbre, abrazo de la fragilidad, búsqueda de la paz, trabajo por la justicia, misericordia, limpieza de corazón, entrega hasta el final?
- ¿Cómo vivo la preferencia del Maestro por los pequeños?, ¿la opción preferencial por los pobres? ¿Vivo gestos concretos de caridad en mi cotidianidad?
- ¿Cómo utilizo mi tiempo, cuáles son mis prioridades? ¿Cuido y atiendo a mi familia?

Restaurar el abrazo conmigo

- ¿La experiencia de ser amado por Dios entrañablemente transforma mi mirada hacia mí mismo? ¿Me reconozco hijo en el Hijo, amado y salvado? ¿Soy capaz de tocar mi verdad más profunda, también mi miseria, desde su mirada que quiere salvar?
- ¿Cuido mi relación con mi cuerpo, mis pasiones, mis impulsos? ¿Cuido la relación con mi dimensión espiritual, mi respuesta a las emociones y sentimientos?
- ¿Cómo me relaciono con lo que me da placer? ¿Como, bebo, fumo o me divierto en exceso?
- ¿Cómo me relaciono con las cosas creadas? ¿Me preocupo demasiado de mis bienes?
- ¿Tengo una relación sana con mi imagen, con la manera en que me muestro, con mi autenticidad?